

Paladares dormidos

Miriam Martín González

¡Menudas vacaciones nos esperaban con mi padre! Mi madre tenía que quedarse trabajando en la capital, así que mi padre decidió que sería bueno que sus dos hijos, esto es, mi hermano Pedro y yo, nos fuéramos de vacaciones con él a la casita de la playa. Y así, de paso, poder reforzar lazos familiares, ya que durante el año nos veía más bien poco debido a que su trabajo le ocupaba gran parte del día.

¡Yupi! Exclamamos mi hermano y yo, no sin antes habernos dirigido una mirada con la que sobraban las palabras. Casi que preferíamos quedarnos en la ciudad durante el mes de agosto y asarnos como pollos a tener que pasar unos días en la costa con nuestro progenitor, ya que en desorganizado, desastre y otros calificativos similares no le ganaba nadie.

Mi padre, al que queremos con locura, era una persona que nunca se había preocupado por los quehaceres de la casa. Es más, mentiría si no dijera que las noches que mi madre tuvo que hacer guardia en el hospital y nos quedamos a cargo de mi padre, siempre pedíamos la comida a domicilio. Por no saber, no sabía ni freír un huevo.

Emprendimos la marcha hacia la casita de la playa. Con mi padre teníamos dos opciones en lo que a alimentación se refiere: o pasar hambre por evitar llevarnos a la boca sus insípidas preparaciones culinarias, o comer siempre de restaurantes. Y qué queréis que os diga: nada se podía comparar con la comida de mi madre. Así que, previsores mi hermano y yo, para el camino nos preparamos las últimas croquetas caseras de mamá. Ante nosotros se nos presentaba un futuro culinario un tanto incierto...

Eso sí, antes de partir mi madre me entregó su bien más preciado: un diario que había escrito con recetas que ella misma había experimentado. Le había puesto por nombre *Andanzas culinarias de la Petra*. Me lo prestó advirtiéndome que lo quería de vuelta impoluto. Así, lo metí en mi maleta con la promesa de hojearlo durante las vacaciones.

Una vez llegamos a nuestro destino y dejamos las maletas en la casa, salimos a hacer la compra al supermercado del pueblecito pesquero que nos acogería durante estos días de asueto. Mi padre nos comentó que adquiriéramos todo aquello que estuviera ya precocinado y que sólo hubiera que calentarlo. Mi hermano y yo nos negamos, aduciendo que preferíamos hacer huelga de hambre a alimentarnos con comida precocinada.

Noté que mi padre comenzaba a ponerse nervioso. Sudaba por la cara y tenía un tic en el ojo. Se había dado cuenta de que tendría que poner todo su esfuerzo en aprender a cocinar para dar de comer a sus hijos. En el ánimo de tranquilizarle le mostré el libro de mamá, pensando en que esbozaría la mayor de las sonrisas por ser su salvación gastronómica durante las vacaciones, pero lo

que se pilló fue un enfado descomunal. Él no sabía cocinar, y para colmo se vio entre la espada y la pared.

Para hacer la situación más llevadera y no hacerle sentir como un trapo viejo e inútil, le instamos a colaborar con él en la cocina. Así, todos nos ayudaríamos y aprenderíamos en conjunto a cocinar. Seríamos un equipo, y nos haríamos llamar *Paladares dormidos*, acorde con nuestro distraído sentido culinario.

Una vez que el positivismo se hubo instalado en la casa, decidimos que era hora de abrir la *Biblia* culinaria de mamá. Su diario se dividía en tres bloques: platos para principiantes, platos de dificultad media y platos para expertos. Por supuesto, comenzamos como lo que éramos, novatos. Preparamos un gazpacho de primero y unos filetes empanados de segundo, y no nos salió nada mal.

Degustamos nuestras creaciones sentados en la terraza como si no hubiera un mañana. Contemplábamos el mar en el horizonte mientras rebañábamos la vajilla, dejándola más limpia que el jaspe. Una vez llenado el buche, nos relajamos tanto que nos quedamos dormidos.

Cuando abrí los ojos, atisbé a mi padre leyendo ávidamente el libro de mamá. Se le notaba entusiasmado, emocionado. Parecía un niño con juguete nuevo.

Al día siguiente, él se levantó temprano con la intención de pasar una mañana de pesca en el puerto marítimo. Cuando regresó, se le veía la mar de contento: había pescado tres carpas. ¿Y qué tenía pensado hacer con ellas? ¡Pues cocinarlas! Se puso manos a la obra y preparó unas carpas adobada para chuparse los dedos. Mi hermano y yo le felicitamos por su buena mano en la cocina. ¡En la vida habríamos pensado que mi padre se convertiría en el chef de la casa!

Lo que estaba por llegar eran las fiestas del pueblo. Se respiraba ya ese ambiente de feria que estábamos esperando con ansia durante todo el año a que llegara. En el marco de dichas celebraciones en honor al Patrón del pueblo, se realizaba una competición gastronómica usando sólo productos de la tierra. El ganador se llevaba un galardón como trofeo y, además, la posibilidad de publicar un libro de recetas.

Mi padre se apuntó el primero. No quería dejar pasar la ocasión. Sus hijos veíamos muy precipitada su puesta en escena en los fogones, pero le apoyamos.

El día del torneo se preparó concienzudamente. Se había estudiado de cabo a rabo las recetas de mamá. Cuando el jurado les mostró a los participantes los ingredientes que debían utilizar, mi padre comenzó apresuradamente a poner en práctica la capacidad memorística que había desarrollado al estudiar el libro de mamá. De repente, se quedó bloqueado. No sabía cómo continuar. Después de unos segundos de confusión en los que sus hijos no sabíamos lo que le ocurría, decidió improvisar. E improvisó bien. Le quedó un bacalao con cangrejos de mar que no sólo gustó a todos los presentes, sino también al jurado. ¡Y le concedieron el primer premio!

Dichoso como él solo, lo colocó en la alacena de la casita de la playa para que no cogiera polvo hasta que volviéramos a la ciudad, donde entonces lo colocaría junto al televisor para contemplarlo desde el sofá.

Posteriormente y como parte del premio, le ofrecieron publicar un libro de recetas. Sabiendo que el mérito se lo debía en gran parte a su mujer, decidió titularlo *Andanzas culinarias de Raimundo y la Petra*.

Actualmente, dicho libro se encuentra colocado en la entrada de la casa de la capital, a modo de libro abierto, donde los amigos y familiares que nos visitan pueden dejar su comentario y su firma. Junto al libro, hay una nota manuscrita por mi padre que dice:

*Este libro está dedicado a mis hijos, Pedro y María,
con los que fundé el equipo “Paladares dormidos”.
Seguiré llevando con honor ese nombre porque gracias a él he llegado a
convertirme en lo que ahora soy, pero que sepáis que... ¡ahora tengo el
paladar de lo más afinado!*
